

José Gregorio Hernández

Sobre Arte y Estética



Sobre Arte y Estética

Sobre Arte y Estética/ José Gregorio Hernández

Selección y prólogo: Juan Carlos Chirinos.

1ª edición: 1995

Edición digital: 2020

© Editorial La Liebre Libre

Colección La Liebre Lunar Nº 4

ISBN 980-327-270-5

Diseño, textos y arte final: Editorial La Liebre Libre

Impresión: Industria Gráfica Integral C.A.

Edición digital: @elteologo

EDITORIAL LA LIEBRE LIBRE

Av. 19 de abril/ Edif. La Maestranza

Piso 2/ Apto. 7/ Maracay/ Edo. Aragua

Tlf. 043/461495

Consejo Editorial:

Harry Almela

Efrén Barazarte

Alberto Hernández

Rosana Hernández Pasquier

**Este libro se edita gracias al aporte de la Dirección General Sectorial de
Literatura del Consejo Nacional de la Cultura y la Secretaría de Cultura del
Estado Aragua.**

Impreso en Venezuela

Printed in Venezuela

José Gregorio Hernández

Sobre Arte y Estética

(Selección y prólogo: Juan Carlos Chirinos)

La Liebre Libre

Colección La Liebre Lunar

JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ. *Médico venezolano nacido en Isnotú, Estado Trujillo, el 26 de octubre de 1864. Miembro fundador de la Academia de Medicina de Venezuela. Autor de diversas obras científicas y del libro Elementos de Filosofía, del cual hemos extraído estos textos acerca de estética y arte. Colaborador en diversas publicaciones de la época, entre ellas, de la revista El Cojo Ilustrado. Su figura ha sido asimilada ampliamente por el imaginario popular venezolano, debido a su condición eclesiástica de Venerable. Fallece entre las esquinas de Amadores y Urapal, en la ciudad de Caracas, el domingo 29 de junio de 1919, día de San Pedro y San Pablo, víctima de un arrollamiento. Para ese momento ejercía la docencia como profesor en la Cátedra de Histología, Fisiología Experimental, Bacteriología y Parasitología en la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela.*

José: Hebreo, Yosef, «Él (Dios) añadirá», «Él acrecentará», «que Dios agregue», «el añadido», «el que aumenta» o «Él (Dios) aumenta (la familia)». Se trata de un nombre místico, relativo a la bendición divina que se manifiesta al añadirse a la familia un nuevo vástago. Francés, inglés, *Joseph*, alemán, *Josef*, italiano, *Giuseppe*, árabe, *Yusuf*. Hipocorístico español, *Pepe*.

Gregorio: Griego, *Γρηγοριος*, «vigilante», del verbo *γρηγορεω*, «vigilar», derivado a su vez de *εγείρω*, «despertar, excitar, levantarse, velar». Corresponde al latín *Vigilio*. En el santoral, noventa y nueve santos de este nombre, entre los cuales el más famoso es San Gregorio Magno, Papa y Doctor de la Iglesia (siglos vi y vii). Hipocorístico español, *Groyo*. Francés, *Grégoire*; ruso, *Gregori*; hipocorístico, *Grisha*; inglés, *Gregory*.

José Gregorio Hernández y la filosofía nacional

Mas si alguno opina que esta serenidad, que esta paz interior de que disfruto a pesar de todo, antes que a la filosofía, la debo a la Religión santa que recibí de mis padres, en la cual he vivido, y en la que tengo la dulce y firme esperanza de morir: Le responderé que todo es uno.

JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ

El 29 de junio de 1919, José Gregorio Hernández (Isnotú, octubre 26, 1864), Doctor en Ciencias Médicas y profesor de la cátedra de Histología, Fisiología Experimental, Bacteriología y Parasitología de la Universidad Central de Venezuela, fallece en uno de los primeros -si no el primero- accidentes de tránsito de Caracas. Tenía 54 años. Esa muerte tan violenta quizás sea contraparte del hábito *hagiofílico* que, hasta hoy, le acompaña. O tal vez sea la respuesta de la naturaleza -que siempre se opone- a su carácter un tanto mundano: «He paseado a caballo dos o tres veces con algunos amigos de aquí, que se empeñan en que esto me parezca menos feo de lo que realmente es, empeño inútil porque la fealdad de lo de por aquí está más allá de toda descripción; y eso que la variedad en las costumbres y maneras son cosas que me divertirían si no me atacaran los nervios por la antipatía que tengo a toda la gente de por acá» (carta a Santos Domínici desde Betijoque el 12 de setiembre de 1888). «Nada me has vuelto a decir de las niñas Elirondo: supongo que todavía son muy amigas de la casa. Tampoco

me has vuelto a dar noticias de Richardini ni de su hermana, descuido mil veces imperdonable puesto que tú sabes toda la importancia que doy a un párrafo en que se trate de estas personas y que me interesa mucho saber todo lo que tenga relación directa o indirecta con ellas: tú sabes, ese es mi punto débil» (carta a Santos Domínici desde Valera el 22 de octubre de 1888).

El doctor Hernández, a juzgar por sus actividades y sus viajes, supo vivir la vida con la plenitud que correspondería a un médico de alta y satisfactoria posición cultural y social. Su pasión investigativa lo llevó a crear cátedras experimentales en la Universidad Central de Venezuela. Y, sin llegar a simpatizar con el positivismo, siempre estuvo ejerciendo su labor profesional a la par de una continua reflexión en torno a su objeto de estudio: los pacientes. En esta actitud semeja a Tulio Febres Cordero, extraña mezcla de positivismo y humanismo (cfr. sus *Mitos y tradiciones*). En las cartas a su amigo y condiscípulo Santos Domínici no deja de relatarle los casos que lo ocupan y los diagnósticos que, por vía de la lectura, el ensayo y el error, lograba dar. En no pocas ocasiones se puede observar la preocupación con que espera el desarrollo o final de una enfermedad en uno de sus pacientes, gracias o a causa del efecto de alguna medicina suministrada por él. No es raro encontrar la consulta directa con el colega en torno a hallazgos y procedimientos.

En un científico para quien el lado aplicable de las cosas (no el funcional, ni el utilitario) y el conocimiento puramente teórico son una sola cosa, parecería extraño verlo emprender la empresa de escribir un libro sobre filosofía y, más aún, que trate a la Belleza como objeto. Sin embargo, el mismo autor expone sus razones en el prólogo al libro y anuncia la razón que lo mueve a escribir semejante obra: la gratitud. En un trazo deja sentado que esta obra es la base fundamen-

tal sobre la cual toda su vida se ha desarrollado. «Ningún hombre puede vivir sin tener una filosofía» (Prólogo a *Elementos de Filosofía*). Y acto seguido pasa a ejemplificar la manera como una persona «rústica» va consiguiendo (a duras penas) a través de su existencia algunos preceptos filosóficos a los que llamará en adelante «su filosofía». El hombre de «espíritu cultivado» aprende tras la lectura de clásicos y novísimos; de esta forma adquiere también él su bastimento filosófico. Ambos requieren de un lentísimo aprendizaje, que puede llegar a ser doloroso.

A la luz de esta exposición, la gratitud de Hernández se vuelve acto de fe. Al publicar el libro (que es, en sentido recto, un manual) está dejando constancia de aquello que, idealmente, ha conducido su vida -recuérdese que, en 1912, al aparecer las dos primeras ediciones de este best-seller filosófico tenía el autor casi cincuenta años. Puede ser de provecho el contraste entre la filosofía vital que se lee entre líneas en la lectura de las cartas a Santos Domínguez, impresiones de un «muchacho» vital y crítico, y los *Elementos de Filosofía*.

Es útil resaltar un par de cosas en torno al libro. En 1918 Oswald Spengler lamentaba, en *La decadencia de Occidente*, el hecho de que la historia padeciera del defecto del perspectivismo; así, por ejemplo, el siglo xix d.c. sería más importante históricamente que el xix a.c., que en realidad posee igual importancia. Entender los hechos del pasado desde nuestra perspectiva puede restarle objetividad y veracidad al hecho mismo. Spengler prefería una interpretación morfológica, comparando hechos análogos unos con otros. Teniendo en mente la queja spengleriana, asomaremos una (audaz) comparación morfológica, para intentar trazar la lucidez (o intuición, diría Spengler) del doctor Hernández.

Una de las búsquedas más afanosas de la física contemporánea para comprender el universo ha sido la de las partículas elementales de las cosas. Con su comprensión se espera lograr explicar el origen, fin y razón del espacio, el tiempo y las cosas. Así se ha llegado a la formulación de la teoría de las partículas y antipartículas, los quarks, las ondas, etc.

El elemento (o substancia) primero del universo constituye todo lo demás.

Conociéndolo a él, se tiene la herramienta con que se construye la vida. Hernández, profundamente religioso, sincera y fielmente católico, declara que su filosofía, los elementos de la filosofía que él ha podido reunir en ese libro son los basamentos de lo pequeño (él) para entender lo inmenso (Dios). Como los polos de la física moderna (se busca lo Infinitesimal para entender lo Infinito -física cuántica y teoría de la relatividad).

Por otra parte, Hernández nacionaliza su pensamiento y dice algo que nos deja sorprendidos, si no atónitos: «El alma venezolana es esencialmente apasionada por la filosofía» (*Elementos de Filosofía*, Prólogo). Por más que hurgamos en nuestro derredor, el de hoy, el que tiene *nuestra edad y nuestra geografía*, no logramos atinar con el alma filosófica venezolana. Más bien hemos crecido presenciando el culto a la improvisación y la idolatría a la praxis vil. Con la lectura de Hernández (gratisima lectura: ¡por fin alguien en Venezuela erudito y pío a la vez!) nos topamos de improviso con ese espíritu filosófico venezolano. Aún podría ser una impostura decir que éste es el primer libro de filosofía venezolana, con el mismo espíritu que se percibe en Ernesto Mayz Vallenilla (el de los *Fundamentos de la Meta-técnica*) y en José Manuel Briceño Guerrero (el de *Europa y América en el pensar mantuano*).

Elementos de Filosofía fue publicado en 1912 por la empresa «El Cojo». Ese año tuvo dos ediciones. El texto está compuesto por un prólogo, unos preliminares y tres libros: Ciencias Psicológicas, Ciencias Metafísicas e Historia de la Filosofía. En el primer libro, Hernández trata acerca de la Psicología Experimental, la Lógica, la Estética y la Moral. El segundo está dedicado a la Ontología, la Teología Racional o Teodicea, la Psicología Racional y a la Cosmología Racional. El tercer libro es una muy breve Historia de la Filosofía que se inicia con la Escuela Jónica y finaliza con lo que el autor denomina la Escuela Agnóstica Evolucionista, representada por Spencer.

En esta selección presentamos íntegra a los lectores el Tratado III del Libro I. Aquí, Hernández hace un análisis del objeto de estudio de la Estética: la Belleza. Este Tratado se divide en dos capítulos. Uno dedicado a la Belleza y otro dedicado a la «realización sensible de la Belleza»: el Arte. No deja el autor de expresar sus convicciones cuando habla de Belleza. Para él la belleza objetiva es el «esplendor del ser», y la categoriza en tres estadios: natural, artística y moral. Esta última es el ejercicio de la libre voluntad, tomando como puntos de referencia el hecho de que lo feo es la carencia de armonía y orden, contrario de lo bello. En esta categorización es obvia la observación de que «el arte no puede nunca ni por ninguna causa hacerse independiente de la moral y prescindir de ella...»

Finalmente agregamos el texto «Visión de arte», publicado en la revista *El Cojo Ilustrado* (año xxi, número 491, p.p. 298-300, Caracas, 1º de junio de 1912). En él demuestra Hernández su capacidad para la ficción. El texto, de corte fantástico, presenta una escena romántica: el medio ambiente tempestuoso como correspondencia a los agitados pensamientos del escritor. El toque literario laudable es el

efecto de circularidad, pues su estructura anular regresa al lector al inicio, sumando ambigüedad a la fantasía.

La obra filosófica de José Gregorio Hernández debe leerse como una sola pieza, dividida para su mejor comprensión por el autor. Nuestra intención, al realizar esta selección, ha sido la de dar a conocer a un público más amplio, los planteamientos estéticos del doctor Hernández. Desde luego, la lectura de todo el texto dejaría una imagen más amplia de sus ideas.

Esta es, pues, una antología y como tal sigue fielmente los caprichos conceptuales (y vitales) del antólogo. Creemos -y esperamos- haber sido de lo más explícitos en la selección. Esta edición sigue al pie la realizada en el tomo *Obras completas*, compiladas y anotadas por el Doctor Fermín Vélez Boza (Caracas, Universidad Central de Venezuela, Oficina de Bienestar Estudiantil, 1968, 1277 pp.). También hacemos esto con la expresa y sistemática intención de rescatar, para los lectores del futuro, la figura intelectual de este hombre que supo serlo en coherencia y a cabalidad. La distancia nos lo ha deformado en un centauro, mitad santo, mitad mito.

Juan Carlos Chirinos
Caracas, julio de 1995

Prólogo del libro *Elementos de Filosofía*

Ningún hombre puede vivir sin tener una filosofía. La filosofía es indispensable para el hombre, bien se trate de la vida sensitiva, de la vida moral y en particular de la vida intelectual.

En el niño observamos que tan luego como empieza a dar indicaciones del desarrollo intelectual, empieza a ser filósofo; le preocupa la causalidad, la modalidad, la finalidad de todo cuando ve.

El rústico va lenta, laboriosamente consiguiendo en el transcurso de la vida algunos poquísimos principios filosóficos que le van a servir para irse formando el pequeño caudal de ideas que han de ser el alimento de su inculta inteligencia.

El hombre de espíritu cultivado, en el principio de sus estudios clásicos, aprende la filosofía que podemos llamar obligatoria. Los conocimientos que él adquiere entonces le sirven como sustancia de reserva para irse formando una filosofía personal, la suya propia, la que ha de ser durante su vida la norma de su inteligencia, aquella de la cual ha de servirse para poder existir como ser pensador. En él, como en el hombre inculto, la elaboración de su filosofía ha de hacerse lentamente, casi siempre laboriosamente, dolorosamente la mayor parte de las veces.

La filosofía elaborada de esta manera viene a ser el más apreciado de todos los bienes que el hombre alcanza a poseer, se establece tal identidad, una adhesión tan firme entre ella y la inteligencia que la ha formado, que llega a parecer imposible toda separación, y solamente alguno de los cataclismos intelectuales o morales que a veces acontecen en la vida es capaz de efectuarla.

La operación preliminar del que estudia cualquier materia científica es la de amoldar los conocimientos que va

adquiriendo a la filosofía que se ha formado de antemano; y si ésta no ha sido todavía definitivamente constituida, los conocimientos científicos no se admiten sino bajo condición.

El alma venezolana es esencialmente apasionada por la filosofía. Las cuestiones filosóficas le conmueven hondamente, y está siempre deseosa de dar soluciones a los grandes problemas que en la filosofía se agitan y que ella estudia con pasión.. La ciencia positiva, la que es puramente fenomenal, la deja la mayor parte de las veces fría e indiferente.

Dotado como los demás de mi nación, de ese mismo amor, publico hoy mi filosofía, la mía, la que yo he vivido; pensando que por ser yo tan venezolano en todo, puede ser que ella sea de utilidad para mis compatriotas, como me ha sido a mí, constituyendo la guía de mi inteligencia.

También la publico por gratitud.

Esta filosofía me ha hecho posible la vida. Las circunstancias que me han rodeado en casi todo el transcurso de mi existencia, han sido de tal naturaleza, que muchas veces, sin ella, la vida me habría sido imposible. Confortado por ella he vivido y seguiré viviendo apaciblemente.

Mas si alguno opina que esta serenidad, que esta paz interior de que disfruto a pesar de todo, antes que a la filosofía, la debo a la Religión santa que recibí de mis padres, en al cual he vivido y en la que tengo la dulce y firme esperanza de morir:

Le responderé que todo es uno.

Preliminares

I

La filosofía es el estudio racional del alma, del mundo, de Dios y de sus relaciones.

Se llama Ciencia al conjunto metódico de las causas y razones relativas a un objeto determinado.

Las Ciencias se dividen en Ciencias Matemáticas, Ciencias Físicas, Ciencias Naturales y Ciencias Morales.

Las Ciencias Matemáticas estudian la cantidad; son la Aritmética, el Algebra, la Geometría, la Trigonometría, el Cálculo, la Mecánica y la Astronomía.

Las Ciencias Físicas son las que estudian los cuerpos inanimados, y comprenden la Geología, la Física, la Química, la Mineralogía y la Geografía Física.

Las Ciencias Naturales estudian los seres vivos vegetales o animales. La Patología puede considerarse como un ramo de la Fisiología: es la Fisiología del enfermo.

Las Ciencias Morales estudian el hombre considerado como el ser superior que es, en sí mismo y en sus relaciones con los demás seres. Son la Filología, las Ciencias Políticas y Sociales, la Historia, las Ciencias Psicológicas, que comprenden la Psicología Experimental, la Lógica, la Estética y la Moral; y las Ciencias Metafísicas que comprenden la Ontología, la Teología Racional y la Cosmología Racional.

El objeto de una ciencia es la materia de que trata dicha ciencia. Por ejemplo, el objeto de las Matemáticas es la cantidad o el número; el de la Biología son los seres vivos en todas sus fases.

La Filosofía estudia el alma, el mundo y Dios que son las materias de qué tratan las Ciencias Psicológicas y las Ciencias Metafísicas, ramos ambos de las Ciencias Morales;

de donde podemos inferir, que la Filosofía no es una Ciencia en el concepto moderno de dicho término, sino una agrupación de Ciencias.

Pero antiguamente se le creía una Ciencia y se la definía: la Ciencia de las cosas divinas y humanas y de sus causas.

II

Se llaman Ciencias Psicológicas las que estudian los fenómenos o las operaciones interiores del hombre..

El hombre tiene conocimiento de los fenómenos que se verifican en su espíritu, y que por eso se llaman fenómenos psicológicos. El conocimiento de los fenómenos psicológicos se llama conciencia. La Psicología Experimental es la Ciencia que estudia los estados de conciencia.

Al más ligero examen, observa el hombre en su espíritu varias operaciones que suceden alternativamente; de donde deduce que hay en él varias facultades: la facultad de conocer o pensar que llama Inteligencia; la facultad de inventar, que denominamos Imaginación; la facultad de querer que nombra Voluntad.

Se llama Lógica la Ciencia que estudia las leyes del pensamiento.

El objeto principal de la Imaginación es la creación de la Belleza. La Ciencia que guía la Imaginación en la producción de Belleza es la Estética.

La voluntad aspira al Bien. La Moral es la Ciencia del Bien.

III

Se llaman Ciencias Metafísicas las ciencias que estudian las razones superiores de los seres.

La Ontología estudia los principios de existencia que

son las propiedades generales del ser y los del conocimiento.

La Teología Racional es el estudio de Dios en cuanto puede ser conocido por la razón.

La Psicología Racional considera la esencia o naturaleza propia del alma.

La Cosmología Racional trata de la existencia del mundo, de la materia y de la vida.

La Filosofía comprende, pues, las Ciencias siguientes: la Psicología Experimental, la Lógica, la Estética, la Moral, la Ontología, la Teodicea, la Psicología Racional y la Cosmología Racional.

TRATADO TERCERO LA ESTÉTICA

CAPÍTULO PRIMERO LA BELLEZA

Se llama estética la ciencia que estudia la belleza. La estética se divide en dos partes: la primera trata de la naturaleza de la belleza y de sus efectos; la segunda estudia el Arte, que es la realización sensible de la belleza.

La belleza puede ser considerada subjetiva u objetivamente. La belleza considerada subjetivamente, es decir, en el sujeto que la conoce, se denomina también sentimiento estético; es el ideal de perfección, de excelencia y de esplendor que existe en la inteligencia. Se llama belleza objetiva o simplemente belleza, el esplendor del ser, que es aquella cualidad por la cual el ser es capaz de despertar el sentimiento de placer estético.

La contemplación de la belleza produce, pues, un vivo sentimiento de placer, el cual engendra a su vez un juicio estético; este juicio estético consiste en la afirmación de una relación entre la belleza y el sentimiento de placer experimentado. La repetición de estos actos de contemplación produce por abstracción la idea de la belleza, la cual es el concepto ideal que produce y perfecciona el sentimiento estético.

El sentimiento estético es desinteresado, universal y necesario. La belleza despierta en la inteligencia del que contempla, imprescindiblemente, la admiración, junto con el placer y el deseo de que todos puedan conocerla y apreciarla. El placer producido reconoce aquí, como siempre, por causa del ejercicio de la actividad desarrollado de una manera poderosa y ordenada. No es la utilidad, ni tampoco

la bondad que existe en los seres, lo que despierta el sentimiento estético, sino el esplendor de su forma constitutiva.

Como vemos, el origen de la idea de la belleza es doble: proviene en primer lugar de la experiencia, puesto que los objetos que nos producen el sentimiento de placer estético son los que van a suministrar la materia de los juicios estéticos; y proviene también de la razón, la cual interpreta los datos procurados por la experiencia y forma de ellos la idea abstracta y general de la belleza.

El placer estético, por consiguiente, es el resultado de toda la actividad humana puesta en movimiento por la presencia del objeto bello; primeramente de la sensibilidad, que experimenta la conmoción producida por el sentimiento de agrado y admiración despertados al contemplarlo; en seguida se manifiesta la acción de la voluntad, que lo apetece vivamente y desea que todos puedan gozarlo; y finalmente obra la razón, que lo encuentra conforme a la naturaleza humana, propio de ella, porque la belleza es sólo comprendida por los seres intelectuales, y, por consiguiente, afirma para siempre la conveniencia perfecta entre lo bello y el ideal abstracto de la belleza.

La belleza objetiva es el resultado de un conjunto de elementos propios del objeto, los cuales hallándose todos reunidos en él, le comunican una esplendidez especial, que despierta en el sujeto que lo admira aquel elevado y fino sentimiento de placer estético.

Los elementos constitutivos de la belleza son varios. En el objeto bello ha de existir la unidad en la variedad; unidad en el plan de la obra y variedad y riqueza de detalles en el conjunto.

La idea que el objeto de arte representa debe estar expresada con claridad y facilidad y sin afectación ni exageración; debe tener grandeza y potencia, y desplegar con luci-

miento un orden y una armonía perfectos; y, finalmente, debe ser verdadera en grado sumo. Estos son los caracteres de perfección de los cuales resulta el esplendor de la belleza.

Lo sublime es distinto de lo bello. Para lo bello es indispensable una armonía completa, un perfecto equilibrio entre la grandeza y el orden. En lo sublime esa armonía está rota; hay predominancia del poder, de la grandeza, por lo cual lo sublime despierta casi siempre la idea de lo infinito. El mar tempestuoso es sublime. El ocaso del sol en el mar en bonanza es bellísimo.

Lo lindo también difiere de lo bello como lo sublime. En lo lindo, lo mismo que en lo gracioso, subsiste el orden, pero faltan la grandeza y la majestad. Lo gracioso se refiere más bien a los movimientos, a la actitud. Una linda flor. Un andar gracioso.

Lo verdadero no es lo bello, porque a lo verdadero le falta el esplendor propio de la belleza. Y la bondad difiere de la belleza, porque la bondad es una perfección extrínseca del ser, en tanto que la belleza es una perfección intrínseca.

Lo feo es lo contrario de lo bello. La fealdad es una carencia, es la falta de la armonía y del orden. Lo ridículo es lo feo en pequeño, es un pequeño desorden. Lo horrible es el sumo desorden.

Lo ridículo provoca la risa, la cual es una emoción explosiva de gozo, provocada por lo desproporcionado e inesperado. Es una manifestación exclusiva del hombre.

La sonrisa es esencialmente distinta de la risa. La sonrisa es la manifestación voluntaria y expresiva de un sentimiento del alma.

La belleza puede ser natural, artística o moral.

La belleza natural es la belleza genuina de los seres del universo. Una bella noche de verano. El bellísimo lago de Maracaibo.

La belleza artística es la que presentan las obras producidas por la imaginación creadora. El bello, el admirable cuadro del Purgatorio.

La belleza moral es la producida por los actos correspondientes a la voluntad libre. El perdón de las injurias, las obras de caridad son de una gran belleza moral.

CAPÍTULO II

EL ARTE

Se llama arte al conjunto de medios prácticos para hacer alguna obra. Se llaman artes estéticas o bellas artes al conjunto de reglas para la realización sensible de la belleza. Es artista el hombre que posee el sentimiento estético en grado eminente y sabe realizar el ideal.

El arte estético tiene múltiples manifestaciones; en realidad son varias artes, son las bellas artes. Dicho arte se sirve de las formas sensibles para realizar, para darle forma, al ideal de la belleza; de donde se infiere que ha de haber subordinación de lo sensible a lo ideal.

Es ideal lo que pertenece a las ideas. El ideal artístico es la idea, es el tipo de belleza perfecta concebido por la imaginación creadora.

El ideal artístico se forma lentamente por varias operaciones sucesivas. Primeramente, la observación y el estudio de la naturaleza suministra a la memoria los distintos tipos de belleza natural que hay en el mundo. Después, la imaginación reúne estos tipos en uno solo y determinado, más perfecto, más ordenado y armonioso y de mayor potencia que los suministrados por la memoria. Finalmente, la imaginación creadora se apodera de este tipo de belleza y lo engrandece de una manera trascendental, dándole el supremo esplendor de la belleza ideal.

De esta manera han concedido los grandes artistas sus obras inmortales. Es sabido que Leonardo de Vinci estando para crear el incomparable fresco La Última Cena, caminaba al azar continuamente, atormentado por la inspiración, estudiando la naturaleza en busca de los elementos de belleza esparcidos en ella y que él necesitaba reunir para la

composición de la gran obra artística que le estaba encomendada.

Una vez efectuada la composición artística ideal, se hace la realización de ella según las reglas propias de cada arte, guiadas por la inspiración del artista, la cual le sugiere el modo conveniente de emplearlas, para que la obra resulte conforme al ideal.

En esta realización el artista debe primeramente imitar la naturaleza en lo que ella tiene de elevado y bello, sin efectuar una imitación servil, antes por el contrario idealizándola, es decir, embelleciéndola sin desfigurarla; en segundo lugar debe elegir entre los seres naturales adecuados para su ideal, los de mayor potencia y los que presenten un orden y una armonía más perfectos.

Finalmente, el artista debe dotar su obra en vía de realizarse del esplendor característico de la belleza, subordinando siempre la imaginación a la razón, porque de esta subordinación han nacido todas las verdaderas obras maestras que constituyen el patrimonio artístico de la humanidad.

Aquellos hombres que han producido esas obras, son los verdaderos ingenios, son las altas cumbres salidas de la raza humana, que se destacan en el decurso de los siglos y que los demás hombres contemplan con entusiasmo. No son hombres de talento porque el simple talento artístico es la facultad de comprender la belleza y de realizarla en una medida limitada; mientras que el ingenio artístico es la potencia completa, absoluta y ordenada de las facultades estéticas, en la comprensión y realización de la belleza.

Se llama gusto la facultad de apreciar lo bello, derivada de la razón y de la sensibilidad, y fundada en la misma naturaleza humana; por lo cual el gusto artístico es uno e inmutable.

El gusto preside siempre la composición de la obra artística, y le confiere la perfección necesaria. Lo que se llama variedad en el gusto no se refiere a su esencia, sino a la preferencia que se manifiesta por uno de los modos de realizar la belleza, entre los numerosos que pueden elegirse según las bellas artes.

Las bellas artes se dividen en dos clases: las bellas artes plásticas y las bellas artes fonéticas.

Las primeras se sirven de las formas y se aprecian por la vista; son la arquitectura, la escultura y la pintura. Las segundas emplean la palabra o los simples sonidos y se perciben por el oído: son la poesía y la música.

Todas las bellas artes tienen por objeto la concepción y la realización de la belleza, pero en igualdad de las demás circunstancias no todas lo hacen con la misma perfección. Por este respecto se clasifican partiendo de las más elevadas a las menos elevadas en perfección de la manera siguiente: la poesía, la música, la pintura, la escultura y la arquitectura.

La poesía es de todas las artes la más excelsa, es el arte divino. Nada escapa a su jurisdicción; ella expresa en grado sublime la belleza toda, la belleza natural, la intelectual y la moral. Su instrumento, que es la palabra, es lo más bello que hay en el universo después del hombre. La poesía penetra en el fondo del alma humana, pone en movimiento todas sus actividades, y la engrandece, porque satisface todas sus aspiraciones artísticas.

Inmediatamente después de la poesía viene la música. Ella tiene el misterioso poder de expresar uno a uno todos los sentimientos, todas las pasiones que se anidan en el corazón del hombre; su lenguaje es entendido por todos en la expresión sentimental, y alcanza el supremo esplendor de la belleza al expresar el sentimiento religioso.

Estas dos artes se aprecian por el oído, por lo cual ha recibido este sentido la bella calificación de sentido estético.

La pintura ocupa la tercera grada en esa adamantina escala artística. Aunque silenciosa, expresa elocuentemente la belleza; su jurisdicción no es solamente la belleza sensible, sino que por medio de ella se levanta hasta la belleza intelectual y moral. Una obra maestra de pintura es semejante a un poema; contemplándola, el alma experimenta las grandes emociones que engendran el verdadero éxtasis estético.

La escultura viene en seguida. La escultura tiene la misión de realizar la belleza orgánica de todos los seres vivos. En ella muestra el hombre su poder creador, el cual alcanza a transformar la fría piedra en un ser palpitante de vida y en el cual se manifiesta el perfecto ideal de la belleza.

La arquitectura es de las bellas artes la que está encargada de manifestar la potencia y la magnificencia llena de orden y de armonía peculiares a la belleza. Sus elementos son las líneas y las formas geométricas; valiéndose de ellas, el artista llega a producir esas grandiosas e inmortales obras con que justamente se enorgullece la humanidad.

Tales son las bellas artes que tienen por fin inmediato la producción de la emoción estética por la realización de la belleza, pero que tienen además un fin último, mil veces superior al primero, el cual consiste en la elevación y el ennoblecimiento de los sentimientos del hombre.

El arte no puede nunca, ni por ninguna causa, hacerse independiente de la moral, y prescindir de ella, porque la moral representa el orden esencial de las cosas y por ello mismo todas debe tenerlas sometidas a su imperio. El arte, por el contrario, debe prestar siempre a la moral un concurso positivo, puesto que la verdadera belleza, por la admiración

que despierta, convida e incita a imitar y realizar las ideas que ella expresa, las cuales deben ser, por lo tanto, de naturaleza a elevar el alma y comunicarle nobles aspiraciones e ideales.

Para que una obra sea verdaderamente artística y por ello inmortal, es indispensable que produzca esos dos resultados. Cualquiera obra de arte, escultura, pintura o poesía, que despierte las bajas pasiones, las innobles pasiones del hombre, en una palabra, que sea opuesta a las leyes eternas e inmutables de la moral, no puede ser calificada de obra artística, porque no realiza el noble fin de la belleza ideal, que es: dar placer a la inteligencia y ennoblecerla.

VISIÓN DE ARTE

A mi respetado amigo el señor Pbro. Dr.
Rafael Lovera, Teniente Provisor; y Pro-Vi-
cario General del Arzobispado.

Tomé la pluma y escribí con desencanto:

Capítulo segundo: El Arte.

La tarde estaba cálida, tempestuosa y cargada de fluido eléctrico, que obraba implacablemente sobre mis nervios, comunicándoles como unas corrientes no interrumpidas de malestar. Había tenido durante el día un trabajo fuerte y emocionante, y me sentía con un cansancio físico muy pronunciado.

Traté de coordinar mis ideas para comenzar a escribir, confiando en que el movimiento producido por la composición intelectual me haría olvidar el cansancio del cuerpo y los trastornos nerviosos de causa metereológica. ¡Vano intento! Mis esfuerzos en este sentido fueron inútiles; por el contrario, lejos de armonizarse las ideas se me empezaron a confundir lamentablemente. A mi alrededor los objetos tomaban formas fantásticas, moviéndose caprichosamente y agitándose en un baile siniestro y lúgubre. En particular, un ramo de viejas flores que estaba olvidado sobre la mesa en que me había puesto a escribir me producía la ilusión de que estaba haciendo toda suerte de contorsiones; se inclinaba a la derecha y a la izquierda con cierto aire de burla, y, por último, creí verlo que se doblaba más profundamente como si me hiciera una cortesía, hasta que, tomando vuelo, se desprendió de la mesa y fue a colocarse sobre la puerta

entreabierta de la habitación. ¡Puras ilusiones visuales!

En medio de las tinieblas que cada vez más ofuscaban mi mente pude pensar que todo lo que me acontecía eran obras de mi imaginación cansada y estropeada por el trabajo de aquel día y por la enorme tensión eléctrica de la atmósfera. Comprendí también que en vano trataría de luchar contra ese estado de cosas y decidí someterme a la fatalidad. Un ruido sordo, como de un trueno lejano que me pareció oír, acabó de ofuscar me y de hacerme perder el sentido de la realidad.

Tuve todavía bastante conciencia para más convencerme de que era incapaz de recobrar mi autonomía y miré desoladamente alrededor de la habitación, como quien busca auxilio. Al cabo de un rato, con gran sorpresa, vi o creí ver junto a mí un ser indefinido, semejante a una aparición que me estaba mirando con ironía. Su vestido blanco era como una amplia túnica que se movía como si fuera a impulsos del viento, y de tal manera disimulaba sus formas que era imposible distinguir si ese ente que estaba en mi presencia era hombre o mujer.

Largo tiempo estuvo mirándome despreciativamente. Su mirada inquisidora penetraba hasta el fondo de mi vacía imaginación y la registraba minuciosamente como quien ojea un libro. Aquel análisis frío y sostenido de mis ser interior, semejante a una disección anatómica, me producía una especie de congelación interna. Después de haber prolongado ese registro todo, lo que quiso, sacudiendo la cabeza con un aire no sé si de conmiseración o de hastío, concluyó por decirme:

Nada has podido producir. Tu inteligencia está como un papel en blanco; pero tengo lástima de ti y quiero trabajar por tu cuenta.

Extendió, luego que acabó de hablar, su brazo escultu-

ral y con la mano abierta señaló el fondo casi oscuro de la estancia. Yo seguí con la vista aquel ademán, lleno de imperio, y miré a lo lejos. Primero vi una espléndida llanura en la cima de un monte, como si fuera una meseta, iluminada por una suave y deliciosa luz. Parecía que nos acercábamos a ella con rapidez. En seguida se fueron delineando claramente los contornos de un palacio suntuoso de construcción antigua, con las paredes de un mármol tan fino que casi tenía la transparencia del vidrio y con el techo de un metal semejante al oro.

Me parecía que, sin movernos, nos acercábamos a la espléndida mansión nunca vista por mí y ni siquiera imaginada. Tuve la sensación de que habíamos penetrado en el interior de una sala de deslumbradora riqueza, en la cual se hallaban numerosos personajes rodeados de incomparable gloria. Tenía aquel aire lleno de majestad de los que están habituados a dominar las inteligencias de los demás hombres, y, en realidad, parecían reyes que estaban sentados sobre tronos. En el mismo instante en que pasábamos junto a ellos se levantó de su asiento el más glorioso de todos, y que con seguridad era el que presidía aquel senado resplandeciente, y con voz no terrenal comenzó a recitar los sublimes versos: «Canta, ¡oh diosa!, la cólera de Aquiles, hijo de Peleo».

Entonces pude ver en el dosel del trono en que se hallaba el recitante esta inscripción en letras refulgentes: «¡Poesía! ¡Eres de todas las bellas artes la más excelsa! ¡Eres el arte divino!

Comprendí que íbamos a salir de aquel encantado recinto, y, una vez fuera de él, continuamos nuestro aéreo viaje con rapidez. Muy distante debíamos encontrarnos, a juzgar por lo largo del tiempo, cuando empecé a sentir como

el ambiente perfumado del bosque y a notar el silencio inapreciable del desierto, apenas interrumpido por el ruido de las corrientes de aire que levantábamos a nuestro paso. Era evidente que entrábamos en un lugar solitario y silencioso. La aparición me habló diciéndome : «Cierra bien los ojos y apresta los oídos». Obedecí al punto y puse todo mi esfuerzo en oír.

De aquella ignorada región de la tierra de aquel rincón bendecido del mundo, se elevaba un canto celestial. No parecía formado de voces humanas y hubiérase creído que alguno de los coros angélicos lo entonaba. Compuesto solamente de voces, sin ningún acompañamiento de orquesta, la frase musical estaba formada por una melodía grave y pausada que en algunos momentos parecía un lamento, un sollozo o una súplica, pero que en otros instantes tomaba los grandiosos acentos de un himno triunfal. En mi alma se despertaban emociones del todo semejantes a la expresión sensible de aquel canto que me traía el recuerdo de dulces días, de días serenos y apacibles de mi vida, quizá pasados para siempre. La aparición me habló con voz emocionada y me dijo: «Es el himno cartujano que noche y día sube al cielo a pedir misericordia por el pobre mundo. En el desierto viven esos seres como ángeles formando el jardín privilegiado de la Iglesia».

Poco a poco fuimos perdiendo la audición del himno, conforme nos alejábamos del desierto y entrábamos en la llanura. DE repente llegamos a un espacio lleno de primorosas flores. En medio de él se levantaba una escala de singular belleza de la cual se irradiaba una brillante luz en todos los ámbitos de aquel dilatado espacio. Estaba formada por siete gradas talladas en una piedra riquísima y preciosa como el diamante. Sus pasamanos eran como de esmeralda cubiertos de facetas, y toda ella parecía suspendida en el

aire y rodeada de gran esplendor.

En la tercera grada de aquella inimitable escala estaba de pie una bellísima mujer ligeramente reclinada en la verde esmeralda. Llevaba una ondulada túnica escarlata y sobre

los hombros descansaba un manto de imperial armiño. En la mano derecha tenía el cetro. Luego que nos hubo visto hizo un ademán con la mano izquierda enseñándonos hacia el Oriente.

En aquella dirección apareció un campo irregular y quebrado en el que se veían algunas palmeras torcidas y casi secas, agitadas por el viento; hacia la izquierda y en la dirección de las palmeras, se notaba la bella ensenada de un lago de plumizas aguas; a orillas del lago unas colinas cubiertas de hierba y de no muy grande elevación, y, por fin, más allá y por encima de las colinas, el cielo azul con nubes acumuladas, mensajeras de próxima borrasca. Una gran multitud de hombres, mujeres y niños se encontraba en aquel sitio y le daba el aspecto de un campamento. Toda aquella muchedumbre parecía presa de un entusiasmo indescriptible, como si hubieran sido testigos de un acontecimiento nunca visto en el mundo; como que lo comentaban y lo discutían con vehemencia, y a veces llegaba a mis oídos el ruido de una inmensa aclamación semejante al rugido del mar durante una tempestad. Unos cuantos de los actores de aquella escena estaban afanados recogiendo unos objetos que, ciertamente, eran pedazos de pan y restos de pescado, los cuales iban colocando cuidadosamente en cestos. De pie sobre una pequeña elevación del terreno y dominando aquel espectáculo estaba Él, resplandeciente en su divinidad y con las manos omnipotentes levantadas al cielo en actitud de dar gracias.

Un frío producido por la emoción circuló por todo mi

cuerpo; pensé que iba a morir. Entonces hice un violento esfuerzo sobre mí mismo, tratando de recobrar mi libre personalidad, como quien procura despertar encontrándose en medio de una pesadilla. Casi recobré el uso de mis sentidos, de tal suerte que empecé a distinguir los objetos de la habitación y hasta oí claramente la voz de un granuja que gritaba en la calle: «Para el miércoles. ¡El cuatro mil trescientos cincuenta y nueve!».

No pude luchar por más tiempo y volví a caer en mi letargo. A mi lado estaba todavía la aparición, que me dijo con aire de comprimida cólera: «Estás bajo mi voluntad, aunque no quieras has de prestarme atención hasta el fin». Y, agarrándome con fuerza por un brazo, me condujo velozmente y como si fuera llevado por una ráfaga de naciente huracán. Llegamos al cabo de largo tiempo a un silencioso y dilatado recinto mortuorio, pero luego pude convencerme de que era un espacio cerrado en el cual se distinguían grandes masas de jaspeado mármol que custodiaban la entrada y se extendía a lo lejos. Por dentro de ellas se encontraban lujosas columnas, preciosos monolitos de mármol de raros colores que contribuían con sus matices a dar belleza y armonía al conjunto.

En el centro de aquel recinto se levantaba, esbelta, la figura de una mujer de blanco mármol. Parecía acababa de salir de la onda líquida, y por ello cubría castamente su desnudez con tela abundante de profusos pliegues. Surostro ovalado y de una deslumbradora dulzura estaba iluminado por una sonrisa celestial, y su mirada, rica de inmortalidad, se dirigía vagamente a lo lejos, como si estuviera mirando el desfile de las generaciones seculares que habrían de venir a contemplarla sin saciarse jamás de admirar su belleza. Me sentí como poseído de un verdadero éxtasis producido por aquel esplendor, y hubiera deseado nunca más salir de ese

recinto encantado, hasta que una voz me sacó de aquel arrobamiento, la cual, descendiendo de lo alto exclamaba: «¡Oh hombre! ¡Admira el poder creador de que disponen los de tu raza! ¡Pueden ellos transformar la piedra fría en un ser como éste que ves palpitante de vida, el cual representa el ideal perfecto de la belleza!».

Pero sin dejarme oír más, la aparición me obligó a continuar nuestra marcha. Corríamos sin descanso y pasábamos como una exhalación por los aires, absolutamente como si atravesáramos los continentes y los mares. Después me dijo de nuevo: «Mira enfrente de ti; no tienes tiempo que perder».

Vi un caudaloso río azul de dormidas aguas sobre las cuales se habían debido cantar las baladas antiguas. A su orilla izquierda estaba extendida amorosamente una gran ciudad, una ciudad antigua, es verdad, pero tanto en los pasados como en los presentes tiempos gloriosa y heroica. Como iluminando la ciudad, se levantaba majestuoso el edificio espléndido de la Catedral, cuyos contornos se dibujaban maravillosamente en las aguas del río. En la fachada se levantaban dos altísimas torres rematadas en atrevidas agujas, y toda aquella construcción era una verdadera filigrana de piedra, monumento acabado de belleza y ejemplar perfecto del estilo ojival, el mayor invento arquitectónico de la inteligencia humana. Sobresalían en ella la potencia y la magnificencia ordenadas y armónicas, engendradas por la artística disposición de las formas geométricas. Al entrar oímos claramente los sagrados cánticos de la oración vespertina, los cuales produjeron honda conmoción en todo mi ser.

Traté de ver si la aparición estaba a mi lado como antes y nada pude distinguir. Hice un esfuerzo mayor para abrir los ojos y mirar a mi alrededor, y entonces fue cuando empecé a volver a la realidad. Tan luego como pude coordi-

nar mis ideas me puse a recordar lo que me había sucedido, y pronto comprendí que era todo aquello una simple visión imaginativa producida por el cansancio y el estado atmosférico.

En el suelo estaban unas cuartillas caídas de la mesa: en una de las cuales había un renglón medio borrado en el que pude leer: *Capítulo segundo: el Arte.*

1912



Cuadro al óleo, por Guillermo Locatelli



Fotografía tomada a José Gregorio Hernández,
en Nueva York, octubre de 1917.

Bibliografía de José Gregorio Hernández

Publicaciones docentes:

Elementos de bacteriología, Caracas, Tipografía Herrera Iri-goyen y Cia., 1ª edición, 1906; 2ª edición, 1922, 111 págs.

Elementos de filosofía, Caracas, Empresa «El Cojo», 1ª edición, 1912, 220 págs; 2ª edición, 1912; 3ª edición, 1959, 210 págs.

Publicaciones científicas:

«La doctrina de Laennec que asienta la unidad del tubérculo es hoy una verdad comprobada a pesar de la escuela de Virchow que sostiene la dualidad», Caracas, *La unión médica*, nº 166, 1888. Discurso pronunciado por el entonces bachiller José Gregorio Hernández al presentar examen de bachiller en ciencias médicas en la Universidad Central de Venezuela.

«Lecciones de bacteriología», recopiladas por los Bres. José A. Cuevas y José H. Cardozo, Caracas, *Gaceta Médica de Caracas*, N° 5, 6, 7, 9, 11 y 14, 1893-1894.

«Sobre el número de glóbulos rojos», Caracas, *Gaceta Médica de Caracas*, N° 15, 1894.

«Sobre la angina de pecho de naturaleza paludosa», en colaboración con Nicanor Guardia, Caracas, *Gaceta Médica de Caracas*, N° 21, 1894.

De la bilharziasis en Caracas, Caracas, Emp. «El Cojo», 1910, 7 págs.

«De la nefritis en la fiebre amarilla», Caracas, *Gaceta Médica de Caracas*, N° 18, 1910.

«Estudio sobre anatomía patológica de la fiebre amarilla», en colaboración con Felipe Guevara Rojas, Caracas, *Gaceta Médica de Caracas*, N° 5, 1912.

«Nota preliminar del tratamiento de la tuberculosis por el aceite de chaulmoogra, Caracas, *Gaceta Médica de Caracas*, N° 12, 1918.

«Elementos de Embriología» (prolegómenos), Caracas, revista *El Cojo Ilustrado*, N° 441, 1^o de mayo de 1910.

Publicaciones literarias:

«El Sr. Nicanor Guardia», Caracas, revista *El Cojo Ilustrado*, N° 35, 1^o de junio de 1893.

«Visión de arte», Caracas, revista *El Cojo Ilustrado*, N° 491, 1^o de junio de 1912.

«En un vagón», Caracas, revista *El Cojo Ilustrado*, N° 493, 1^o de julio de 1912.

«Los Maitines», Caracas, revista *El Cojo Ilustrado*, N° 497, 1^o de septiembre de 1912.

Cronología

- 1864: De la unión matrimonial de Don Benigno Hernández Manzaneda y Doña Josefa Antonio Cisneros Mansilla, nace el 26 de octubre en Isnotú, Distrito Betijoque del Estado Trujillo, un niño que llevará por nombre José Gregorio. Realizó sus primeros estudios en su pueblo natal, en la escuela de don Pedro Celestino Sánchez.
- 1878: Inicia sus estudios de Preparatoria y Bachillerato en el Colegio Villegas de Caracas, dirigido por Guillermo Tell Villegas.
- 1882: Se gradúa de Bachiller en Filosofía en la Universidad Central de Venezuela.
- 1888: Se gradúa de Bachiller, y posteriormente de Doctor en Ciencias Médicas en la Universidad Central de Venezuela.
- 1889: Hasta 1891 sigue cursos de especialización en Histología, Embriología, Bacteriología y Fisiología en la Facultad de Medicina de la Universidad de París.
- 1891: Es designado Catedrático de Histología Normal y Patología, Fisiología Experimental y Bacteriología en la Universidad Central de Venezuela.
- 1893: Publica, en el n° 35 de *El Cojo Ilustrado*, un texto titulado *El Sr. Dr. Nicanor Guardia*, una semblanza de su maestro.
- 1895: Representa a Venezuela en el 1^{er} Congreso Médico Panamericano reunido en Washington.
- 1904: Miembro Fundador de la Academia Nacional de Medicina, correspondiéndole el sillón N° XVIII.
- 1906: Solicita su jubilación como Catedrático. Publica su libro *Elementos de Bacteriología* (Tipografía Herrera Irigoyen y Cía, 111 pp.)

- 1908: Viaja a la sede de la Cartuja Farneta, cerca de la ciudad de Lucca, en Italia, con el deseo de ingresar a ese exigente orden. Recibe, como novicio, el nombre de Fray Marcelo.
- 1909: Regresa a Caracas luego de su fallido intento de ingresar a la vida monástica. Presenta al Arzobispo de Caracas su candidatura para prestar servicio como sacerdote. Su solicitud es rechazada cortesmente. Se reincorpora a la Cátedra de Histología, Bacteriología y Fisiología Experimental y es nombrado profesor interino de la Cátedra de Patología Interna. Es designado Profesor de Patología Práctica en el Hospital Vargas hasta 1911, cuando nombran para este cargo al doctor Felipe Guevara Rojas.
- 1912: Publica, en «El Cojo Ilustrado» (año XXI, n° 491) el texto *Visión de arte*. Se agrega a su Cátedra de Histología, Microbiología y Fisiología Experimental, la Cátedra de Parasitología. Publica su libro *Elementos de Filosofía* (Empresa El Cojo, 220 pp.).
- 1913: Se traslada, junto a su hermana Isolina de Carvallo, a Roma, en donde ingresa al Pontificio Colegio Pío Americano con la intención de ordenarse. A los pocos meses solicita su desincorporación, debido al deterioro de su salud por el padecimiento de una pleuresía seca.
- 1917: Estudios en Estados Unidos y Europa.
- 1919: Fallece el 29 de junio, siendo Profesor de la Cátedra de Histología, Fisiología Experimental, Bacteriología y Parasitología.

Índice

José Gregorio Hernández y la filosofía nacional	
Prólogo de Juan Carlos Chirinos	5
Prólogo del libro <i>Elementos de Filosofía</i>	11
Preliminares	13

TRATADO TERCERO

LA ESTÉTICA

Capítulo primero. La Belleza	17
Capítulo segundo. El Arte	21
Visión de arte	27
Cuadro al óleo, por Guillermo Locatelli	35
Fotografía en Nueva York, octubre de 1917	36
Bibliografía de José Gregorio Hernández	37
Cronología	39



La editorial *La Liebre Libre* es una Asociación Civil que tiene como finalidad la promoción y difusión de la literatura.

La colección *La Liebre Lunar* está dedicada a títulos curiosos.

Otros títulos de esta colección:

- *Lapidario*, de Alfonso X, el Sabio. Selección y prólogo de Harry Almela.
- *Cuentos fantásticos*, de Ambrose Bierce.
- *Compendio de los diez libros de arquitectura*, de Marco Vitrubio Polión.
- *El Libro de las bestias*, de Ramón Llull. Prólogo de Harry Almela.



Este libro, *Sobre Arte y Estética* de José Gregorio Hernández, se realizó merced al arte de imprimir y de labrar tipos de letra, sin ninguna escritura con pluma, para la gloria más grande de Dios, por el atento esmero de *La Liebre Libre*, en el año 1994, vísperas de San Adamnan, Abad de Iona (22 de septiembre). En su alzada se emplearon tipos New Century de 8 y 9 puntos y Palatino de 8, 9 y 10 puntos.

Edición de 500 ejemplares



Colección La Liebre Lunar

La poesía es de todas las artes la más excelsa, es el arte divino. Nada escapa a su jurisdicción; ella expresa en grado sublime la belleza toda, la belleza natural, la intelectual y la moral. Su instrumento, que es la palabra, es lo más bello que hay en el universo después del hombre. La poesía penetra en el fondo del alma humana, pone en movimiento todas sus actividades, y la engrandece, porque satisface todas sus aspiraciones artísticas.